



DIÁLOGOS LIBRES



Desde que me dedico a esta profesión, sea desde la gestión o bien desde la dirección escénica, siempre me he encontrado delante de periodos de escucha permanente. Y tengo que confesar que cada vez me requiere de más esfuerzo, pues el ruidoso mundo en el que me tocó vivir muchas veces no te deja escuchar, pues te obliga más a la acción ficticia, rápida, acelerada, venenosa poco reflexionada, individual, falsamente empoderada, porque ¿qué es la escucha sino una acción consciente de lucha?

No hay escucha sin un espacio de silencio, y es el que hay que reconquistar. El silencio como antesala de la escucha para permitir el diálogo. Un diálogo que va del micro al macro: del espacio, al objeto, a la persona y al colectivo, de la organización a la política, de la sociedad al escenario. El diálogo que puedo proponer en este texto está lejos de estas palabras que sólo dialogan con un papel en blanco y con el ruido del teclado. Diálogo con mi pensamiento mientras busco que me cuente con qué dialogo. Pero no quisiera escucharme mucho pues dejaría, a su vez, de escuchar cosas más interesantes que las mías. Que son todas. Ahora estas palabras dialogan con un lector para mi invisible que a su vez dialogará con su espacio y su cuerpo -si es que me lee de pie o bien sentado o bien a través del tacto de la pantalla- o quizá alguien lo lea en voz alta y el diálogo sea sonoro. Todo es diálogo. Todo menos el olvido. O quizá también el olvido dialogue con el recuerdo... no estoy del todo seguro.

En teatro existen las réplicas y las contraréplicas. Y quien no habla está tan activo como el que no. Pues el que calla, escucha. Y seguramente eso le hace decir las cosas como las dice. La escucha activa que precede a un diálogo. La escucha en teatro es extremadamente frágil como difícil. Merece de persistencia. El actor debe escuchar a su *partner*, escucharse a él y escuchar al público. Y en ese triángulo que merece un

equilibrio de malabarista, está la verdad de la representación. La verdad de algo que se tiene que volver a presentar dialoga con la mentira y eso es tan maravilloso que merece de un escenario para ser compartido con las máximas personas. Pues es lo que todos hacemos con nosotros mismos la mayoría del tiempo: mentirnos con diferentes verdades. Cuando somos capaces de dialogar con nosotros mismos podemos oír como la verdad no existe, pues hay tantas como personas y por eso la tendencia a abrir el diálogo.

Pero también al espacio que ocupas dialoga, al objeto que manipulas dialoga, el silencio y el tiempo dialogan cuando en teatro se rompen de una manera diversa. Una obra que transcurre en 30 años debe ser interpretado por personas que caracterizadas tendrán que transitar temporalmente, y lo harán durante la hora y media de espectáculo ensayado durante siete semanas y criticada en varios segundos. Ese diálogo del tiempo que se escurre a la lógica. Pues el diálogo es lógica entre dos partes. Y buscarla forma parte del mismo.

Desconozco la posibilidad de dar respuestas únicas. Aún así creo que generando la pregunta correcta se pueda establecer un diálogo de creciente interés. En la época socrática hablaban de mayéutica. Aproximarse a una verdad. Aproximarse sólo. Aprendizaje de esas opiniones que acaban guiando nuestras percepciones. Las instituciones debieran generar espacios de escucha activa donde el diálogo fuera posible. Un espacio donde creación, pensamiento, tradición, transmisión y traición fueran posibles. Producir el movimiento que un diálogo genera. Desplazarnos para poder ver con otra mirada lo que el ruido nos tapa. El diálogo nace de un espacio generado o que generas. Hay que reconquistar, pues, los espacios públicos para poder establecer esos diálogos.

Juan Carlos Martel Bayod
Director Teatre Lliure